

Cesarina dijo con voz muy dulce estas insignificantes palabras, que la ternura dulcificó más aún, haciendo renacer los ánimos abatidos, como las canciones de una madre adormecen los dolores de un niño atormentado por la dentición.

— Sí, hija mía, lucharé; pero no hay que decir ni una palabra á nadie en el mundo, ni á Popinot, que nos quiere, ni á tu tío Pillerault. Por de pronto, escribiré á mi hermano; es, según creo, canónigo vicario de una catedral; no gasta nada, debe tener dinero. A razón de cinco mil francos de economías al año, en veinte años debió reunir cien mil francos. Además, en provincias, los sacerdotes tienen crédito.

Cesarina, apresurándose á llevar á su padre una mesa y todo lo necesario para escribir, le puso á la vista el resto de las invitaciones para el baile, impresas en papel color de rosa.

— Quema todo eso, gritó el comerciante; sólo el diablo pudo inspirarme la idea del baile. Si sucumbo pasaré por un bribón. Vamos, basta de frases.

CARTA DE CÉSAR A FRANCISCO BIROTTEAU

« Mi querido hermano :

» Atravieso una crisis comercial tan difícil, que te suplico me envíes todo el dinero de que puedas disponer; en último caso, toma un préstamo.

» Todo tuyo,

» CÉSAR. »

« Tu sobrina Cesarina, que me ve escribir esta carta, mientras mi pobre mujer duerme, se recomienda á ti y te envía su cariño. »

Esta postdata fué puesta á ruego de Cesarina, la cual entregó la carta á Raguet.

— Padre mío, dijo al volver, aquí está el señor Lebas que quiere hablaros.

— ¡El señor Lebas! exclamó César espantado, como si su desgracia le hiciese criminal, ¡un juez!

— Mi querido señor Birotteau, me interesan mucho vuestros asuntos, dijo al entrar el voluminoso almacenista de paños; nos conocemos hace mucho tiempo, fuimos nombrados jueces juntos la primer vez, os estimo demasiado para no advertiros que un tal señor Bidault, llamado Gigonnet, un usurero, tiene pagarés vuestros endosados á su orden *sin garantía*, por la casa Claparon. ¡Sin garantía! Estas dos palabras que os afrentan son la muerte de vuestro crédito.

— El señor Claparon desea hablaros, dijo Celestino compareciendo; ¿queréis que le haga subir?

— Averiguaremos la causa de este insulto, dijo Lebas.

— Señor, dijo el perfumista á Claparon al verle entrar, aquí tenéis al señor Lebas, juez del Tribunal de comercio y amigo mío.

— ¡Ah! ¿El señor Lebas? dijo Claparon interrumpiendo; me alegro mucho de conocerle; un señor Lebas magistrado... hay tantos Lebas...

— Ha visto, replicó Birotteau interrumpiendo al

charlatán, los pagarés que os he dado, y que dijisteis que no circularían; los ha visto con estas palabras: *sin garantía*.

— Bien, dijo Claparon: no circularán, efectivamente; los dejé en manos de un hombre con quien hago muchos negocios, el señor Bidault. Por eso puse *sin garantía*. Si los pagarés hubieran debido circular, los hubierais puesto á su orden directamente. El señor juez comprenderá mi situación. ¿Qué representan esos pagarés? el precio de un inmueble; ¿pagado por quién? por Birotteau. ¿Debo garantizar á Birotteau con mi firma? Nos comprometimos á pagar separadamente cada uno su parte del precio convenido. Pero ¿no es ya mucho aparecer solidarios ante los vendedores? En mi casa la fórmula comercial es inflexible. No doy nunca mi garantía sin tener obligación, como tampoco doy recibo de una cantidad que no recibí aún. Lo supongo todo. Quien firma, paga. No quiero exponerme á pagar tres veces.

— ¡Tres veces! dijo César.

— Sí, señor, respondió Claparon. Ya he garantizado á Birotteau ante los vendedores, ¿por qué debo garantizarle otra vez ante un banquero? Las circunstancias que atravesamos son muy duras. Roguin se me lleva cien mil francos. Por consiguiente, la mitad que me corresponde en los terrenos me cuesta quinientos mil francos en vez de cuatrocientos mil. Roguin se lleva doscientos cuarenta mil francos de Birotteau. ¿Qué hariais en mi lugar, señor Lebas? poneos en mi caso. No tengo el

honor de que me conozcáis, pero conozco al señor Birotteau. Atended. Hacemos juntos un negocio por mitad. Vos aprontáis todo el dinero de vuestra parte, yo cubro la mía con vencimientos aceptados por mi; os los ofrezco y os encargáis, por una excesiva complacencia, de convertirlos en dinero. Averiguáis que Claparon, banquero, rico, respetado (aceptadas todas las virtudes del mundo), que el virtuoso Claparon debe seis millones y le amenaza la quiebra ¿Pondriais, en semejante caso vuestra firma para garantizar la mía? ¡A menos que fuerais loco! Pues bien, señor Lebas, Birotteau está en el caso en que supongo á Claparon. Podría verme comprometido á pagar su parte, como solidario que soy en el negocio, y á recoger los pagarés de Birotteau á su vencimiento, si los garantizase; y todo, sin disponer...

— ¿Qué decis? preguntó el perfumista interrumpiéndole.

— Sin disponer de su mitad en los terrenos, dijo Claparon, sin poderme incautar de su parte, porque no me concederian privilegio alguno; ¡sería preciso comprar de nuevo! Ya veis cómo podía verme comprometido á pagar tres veces.

— ¿Recoger mis firmas á quién? preguntaba con insistencia Birotteau.

— Claro, si yo endosara vuestros pagarés y no pudieseis recogerlos...

— Es que no dejaré de recogerlos de ningún modo, afirmó Birotteau.

— Bien, dijo Claparon, Habeis sido juez, sois

hábil comerciante, sabéis que se debe prever todo; no os admiréis, pues, de que yo proceda cautamente.

— El señor Claparon está en lo cierto, dijo José Lebas.

— Estoy en lo cierto, prosiguió, Claparon; en lo cierto, mercantilmente. Ahora tratamos de un negocio territorial. ¿Que necesito?... Dinero, pues dinero han de percibir los vendedores. Dejemos aparte los doscientos cuarenta mil francos que el señor Birotteau encontrará, estoy seguro, dijo Claparon, mirando á Lebas. Venía á pedir nada más que veinticinco mil francos, dijo, mirando á Birotteau.

— ¡ Veinticinco mil francos! exclamó César, sintiendo que circulaba por sus venas hielo en vez de sangre. Pero, señor mío ¿que significa esto?

— ¡ Ah! Mi respetable señor; vamos á formalizar las ventas ante notario. Por lo que al precio toca, podemos entendernos amistosamente, pero con la hacienda, ya son otros cantares; la hacienda no se divierte con palabras ociosas, los créditos que hace son desde la mano al bolsillo, y tenemos que aprontarle esta semana cuarenta y cuatro mil francos de los derechos. No pude suponer que me recibirais con reproches, mientras venía pensando en la molestia que podían ocasionaros los veinticinco mil, y en que, por una grandísima casualidad, os he salvado...

— ¿ Qué? dijo Birotteau, dejando escapar ese grito de angustia que jamás engaña.

— ¡ Una miseria! Los veinticinco mil francos de *pagaré*s contra varios que Roguin me había enviado para que los negociara, os los acredito en la liquidación y en la nota de gastos cuya factura os enviaré; hay que deducir la negociación, una friolera; me deberéis seis ó siete mil francos.

— Todo esto me parece muy razonable, dijo Lebas. En el puesto de este señor, que, al parecer, es muy entendido en los negocios, yo haría lo mismo tratándose de un desconocido.

— El señor Birotteau no muere de esta enfermedad, dijo Claparon; hace falta más de un tiro para matar un lobo viejo; he visto lobos con balazos en la cabeza correr como... sí, ¡ caramba!, como lobos.

— ¿ Quién puede prever una infamia semejante á la de Roguin? dijo Lebas tan espantado por el silencio de César, como por aquella enorme negociación ajena á la perfumería.

— En poco estuvo que no hiciese yo un recibo de cuatrocientos mil francos al señor, dijo Claparon; y ¡ me luzco si lo hago! Había entregado la víspera cien mil francos á Roguin. Nuestra mutua confianza me ha salvado. Que el dinero estuviese en la notaría ó en mi casa, hasta que se hicieran los contratos definitivos, la cosa nos pareció á todos indiferente.

— Hubiera valido más que cada uno guardase su dinero en el Banco hasta el momento de pagar, dijo Lebas.

— Roguin era el Banco para mí, dijo César. Pero también tenía participacion en el negocio, añadió mirando á Claparon.

— Sí, una participación... de palabra, respondió Claparon. Después de la torpeza de dejarle llevar mi dinero, sólo me faltaba insistir con otra morrocotuda: reservarle sus ganancias. ¡Si remite mis cien mil francos y otros doscientos mil por su participación, entonces veremos! Pero se guardará bien de poner dinero en ese negocio que necesita cinco años de paciencia antes de dar el primer beneficio. Si no se ha llevado, como dicen, más que trescientos mil francos, le hace falta la renta, quince mil, para vivir en el extranjero.

— ¡El canalla!

— ¡Eh, Dios mío! Una pasión le ha conducido á eso, dijo Claparon. ¿Algún viejo puede responder de no dejarse arrastrar y seducir por su última ilusión? Ninguno de nosotros, y somos prudentes, sabe cómo acabará. Un último amor ¡ah! es violentísimo. Veamos los Carnot, los Camusot, los Matifat... ¡Todos tienen queridas! Y si nos atrapan, ¿de quién es la culpa? ¿Por qué no hemos desconfiado de un notario que se mete en una especulación? Cualquier notario, cualquier agente de cambio, cualquier corredor que negocie por su cuenta, es sospechoso. La quiebra en tal caso es una bancarrota fraudulenta, irían á la Sala de lo criminal, prefieren ir al extranjero. No hay que hacerse ilusiones. Somos bastante débiles para no perseguir, hasta verlos condenados por contumaces, á hombres que nos dieron en sus casas banquetes y magníficos bailes, hombres mundanos, al fin. Pero, nadie se queja, y es un mal.

— Un grave mal, dijo Birotteau; urge reformar la ley sobre suspensiones y quiebras.

— Si me necesitáis, dijo Lebas á Birotteau, estoy á vuestro servicio.

— El señor no necesita de nadie, dijo el incansable parlanchín, á quien de Tillet había preparado hábilmente, haciéndole aprender sus discursos de memoria. El asunto es claro; la quiebra de Roguin ofrecerá un cincuenta por ciento de dividendo, según lo que me ha dicho el joven Crottat. Además de este dividendo, el señor Birotteau recobra cuarenta mil francos que su prestador no tenía; puede también pedir un préstamo sobre sus propiedades. Por otra parte, aún faltan cuatro meses hasta efectuar el pago de doscientos mil francos á los vendedores de los terrenos. Mucho antes el señor Birotteau habrá recogido sus pagarés, porque sin duda no contaba para recogerlos, con lo que Roguin se le ha llevado. Y aun cuando el señor Birotteau se vea un poco apurado... no faltarán recursos para ponerle á flote.

El perfumista había recobrado sus bríos oyendo á Claparon mientras éste analizaba sus dificultades, resumiéndolas, trazándole, por decirlo así, un plan de conducta. Su resolución fué decidida y firme, se había formado una elevada idea de los recursos del antiguo viajante. De Tillet había creído conveniente aparecer como víctima de Roguin á juicio de Claparon. Había dado cien mil francos á Claparon para que se los diese á Roguin, quien los había devuelto á de Tillet. Claparon, inquieto,

hacía su papel muy á lo vivo, diciendo á todo el mundo que Roguin le costaba cien mil francos. De Tillet no había juzgado á Claparon bastante curtido, le creía con demasiados prejuicios de honor y delicadeza para confiarle sus planes en toda su magnitud; y estaba seguro de que no era capaz de adivinarlos.

—Si nuestro mejor amigo no es nuestro primera víctima, difícilmente hallaríamos la segunda, dijo á Claparon el día en que recibiendo quejas de su ayudante comercial le despreció, como cosa inútil, de la cual ya se había servido.

Los señores Lebas y Claparon salieron juntos.

« Puedo rehacerme, se dijo Birotteau. » Mi pasivo en letras y pagarés aceptados, asciende á doscientos treinta y cinco mil francos, á saber: sesenta mil francos por la casa, y ciento setenta y cinco mil francos por los terrenos. Para realizar estas cantidades, dispongo del dividendo Roguin que podrá ser de cien mil francos; además, puedo pedir que se anule el préstamo sobre mis fábricas: en todo, ciento cuarenta mil. Se trata de ganar cien mil francos con el *aceite cefálico*, y de aguardar, con algunos giros, ó con un crédito en alguna casa de banca, el momento en que habré reparado la pérdida y en que los terrenos llegarán á su mas elevado precio.

Cuando, en la desgracia un hombre consigue hacerse una novela de esperanzas por una serie de ratiocinios más ó menos justos, con los cuales hincha su almohada para descansar en ella su cabeza,

casi puede asegurarse que se ha salvado. Muchas gentes han creído energía, la confianza que engendra la ilusión; tal vez la esperanza es la mitad del valor; y la religión católica hizo de la esperanza una virtud. La esperanza, ¿no ha sostenido á muchos débiles, dando tiempo á que se precisen las contingencias de la vida? Resuelto á ir á casa del tío de su mujer para explicarle su situación antes de buscar ayuda en otra parte, Birotteau iba desde la calle de San Honorato hasta la de Bourdonnais sintiendo angustias desconocidas que le agitaron muy violentamente; su naturaleza se había quebrantado. Llevaba fuego en las entrañas. En efecto, las personas que tienen su centro de vida en el diafragma, sienten sus dolores en él, como á los que viven de la imaginación todo padecimiento les ataca la cabeza. En las grandes crisis, el cuerpo recibe la herida en el punto donde un trabajo constante hizo el organismo sensible; los débiles padecen cólicos, Napoleón se duerme. Antes de asaltar una confianza, pasando por encima de todas las murallas que levantó la altivez, los hombres de honor deben sentir más de una vez en el corazón la espuela de la necesidad, ¡esa despótica señora! Por eso Birotteau se había dejado espolear durante dos días antes de ir á casa de su tío y sólo se decidió al fin por razones de familia; de todos modos, debía explicar su situación al severo quincallero. Sin embargo, al llegar á la puerta sintió ese desfallecimiento interior que todo niño ha experimentado al entrar en casa de un dentista; pero aquel descorazonamiento era produ-

cido por el espectáculo de su vida entera y no por las angustias de un dolor pasajero. Birotteau subía la escalera lentamente. Encontró al viejo leyendo *El Constitucional* cerca del fuego, delante de la mesita redonda, en donde estaba su frugal desayuno; un panecillo, manteca, queso de Brie y una taza de café.

— ¡Esta es la inimitable prudencia! dijo Birotteau, envidiando la vida de su tío.

— ¡Bueno! le dijo Pillereault quitándose las gafas, ayer en el café me contaron lo de Roguin, y el asesinato de la bella Holandesa, su querida! Supongo que tendrás recibo de Claparon.

— ¡Ay! tío; eso es todo; pusisteis el dedo en la llaga. No tengo recibo.

— ¡Ah, torpe, te has arruinado! dijo Pillereault dejando caer su periódico, que recogió Birotteau á pesar de ser *El Constitucional*.

Pillereault se impresionó de tal modo con sus reflexiones, que su cara de medalla y de estilo severo se bronceó como el metal bajo el cuño; quedó inmóvil, mirando á la pared, sin ver nada, ni á través de los cristales de las gafas, ni por encima de la montura, mientras oía el interminable discurso de Birotteau. Sin duda razonaba y juzgaba, pesando el pro y el contra con la inflexibilidad de un Minos que había pasado la Estigia del comercio abandonando el muelle de Morfondus por su pequeño piso tercero.

— ¿No tenéis nada que decirme? preguntó Birotteau, que aguardaba una respuesta después

de acabar con una súplica para que su tío se decidiese á vender los sesenta mil francos que tenía en papel del Estado.

— Siento decirte, mi pobre sobrino, que no puedo hacerlo; estás muy comprometido. Ragon y yo vamos á perder cincuenta mil francos cada uno. Esas buenas gentes han vendido por consejo mío sus acciones de las minas de Vortschin; me creo obligado, en el caso de pérdida, no á devolverles el capital, pero sí á socorrerles, y á socorrer á mi sobrina y á Cesarina. Tal vez á todos llegue á faltarnos un pedazo de pan; aquí lo encontraréis...

— ¡Faltarnos un pedazo de pan, tío!

— ¡Sí, un pedazo de pan! Mira las cosas como son; ¡tú no saldrás adelante! De cinco mil seiscientos francos de renta que poseo, podré distribuir cuatro mil francos entre vosotros y los Ragon. Después de tu ruina... ¡conozco á Constanza! trabajará como una negra, privándose todo, y tú también, César.

— No hay motivo para desesperar aún, tío.

— No veo las cosas como tú.

— Os probaré lo contrario.

— Nada me sería tan agradable.

Birotteau dejó á Pillereault sin contestarle. Había ido en busca de consuelos y valor y recibía un segundo golpe, menos fuerte, á la verdad, que el primero; pero en vez de darle en la cabeza, le daba en el corazón; el corazón era toda la vida de aquel pobre hombre. Volvió á subir, después de haber bajado algunos escalones.

— Señor, dijo friamente: Constanza nada sabe; guardadme el secreto al menos; y suplicad á los Ragon que no me priven de la tranquilidad que necesito en mi casa para luchar contra la desdicha.

Pillereault hizo un signo afirmativo.

— ¡Valor, Cesar! añadió. Te veo enfadado conmigo; pero pronto has de hacerme justicia, pensando en tu mujer y en tu hija.

Abatido por la opinión de su tío, en quien suponía una lucidez particular, César cayó desde las alturas de su esperanza en los pantanos cenagosos de la incertidumbre. Cuando, en esas horribles crisis comerciales, el hombre no tiene un alma templada como la de Pillereault, es juguete de los acontecimientos; sigue las ideas de otro, las suyas, como un caminante corriendo en pos de fuegos fatuos. Se deja arrastrar por el torbellino, en vez de tumbarse para no verlo cuando pasa, ó de remontarse para observar su dirección, sustrayéndose á seguirlo. En su pena, Birotteau se acordó de la reclamación relativa á su préstamo. Fué á la calle Vivienne, á casa de Derville, su abogado, para empezar lo más pronto posible el procedimiento, en caso de que el abogado viera posible la anulación del contrato. El perfumista encontró á Derville envuelto en su bata de muletón blanco, junto al fuego, tranquilo y reposado como todos los curiales muy acostumbrados á oír las más terribles confidencias. Birotteau observó por vez primera esa frialdad necesaria, que hiela al hombre apasionado, herido, con la fiebre de sus intereses en peligro,

y dolorosamente atropellado, en su vida, en su honor, en su mujer y en sus hijos, como lo estaba Birotteau contando su desgracia.

— Si está probado, le dijo Derville, después de haberle oído, que el prestador no tenía en casa de Roguin la cantidad que Roguin os prestaba, como no ha habido entrega de especies, hay lugar á la rescisión; el prestador tendrá que recurrir á la fianza, como vos por los cien mil francos. En tal caso respondo del pleito en cuanto se puede responder, pues no hay pleito ganado de antemano.

La opinión de tan reputado jurisconsulto esperanzó bastante al perfumista, el cual suplicó á Derville que procurase activar el asunto. El abogado contestó que tal vez se dictaría antes de tres meses una sentencia que anulara el contrato.

— ¡Tres meses! dijo el perfumista, que imaginaba haber encontrado recursos.

— Pero aun teniendo una pronta tramitación, no podemos llevar á vuestro adversario de coronilla; usará de las dilaciones del procedimiento, cosa que no pueden impedir los abogados; ¿quién sabe si vuestro contrario no se dejará condenar en rebeldía? No se anda tan de prisa como se quiere, mi querido señor, dijo Derville sonriendo.

— Pues en el Tribunal de comercio, insinuo Birotteau.

— ¡Oh! dijo el abogado. Los jueces consulares y los jueces de primera instancia, son muy distintos jueces. Vosotros atropelláis los asuntos. El el palacio de Justicia tenemos fórmulas. La fórmula es

protectora del derecho. ¿ Quisiérais un fallo á quemarropa, que os hiciera perder vuestros cuarenta mil francos? Pues bien; nuestro contrario, al ver su dinero comprometido, se defenderá.

— Tenéis razón, dijo Birotteau, saludando á Derville; y salió con la muerte en el alma. « Todos tienen razón. ¡ Dinero, Dinero! » gritaba el perfumista por las calles hablando consigo mismo, como hacen todas las gentes abrumadas de ese turbulento y herboroso París, que un poeta moderno llama « una cuba ».

Al verle entrar, el dependiente, que iba presentando por todas partes las cuentas, le dijo que ante la proximidad del fin de año, todos borraban el recibi de la factura, guardándola.

— ¡ No hay dinero, nadie tiene dinero! dijo el perfumista en alta voz en medio de la tienda.

Se mordió los labios; todos los dependientes habían levantado la cabeza al oírle.

Cinco días transcurrieron así, cinco días durante los cuales Braschon, Lourdois, Thorein, Grindot, Chaffaroux, todos los acreedores no satisfechos, pasaron por las fases camaleonescas por que pasa el acreedor antes de llegar del estado pacífico en que le pone la confianza, á los colores sanguinolentos de la Belona comercial. En París, el período astringente de la desconfianza es tan rápido para lanzarse, como el movimiento expansivo de la confianza es lento para decidirse; una vez sumergido en el sistema restrictivo de temores y precauciones comerciales, el acreedor llega á las torpezas sinies-

tras que le hacen inferior al deudor. De una cortesía empalagosa pasan los acreedores al rojo de la impaciencia, á los chisporroteos sombríos de inoportunidades, á los estallidos de contrariedad, al amaratado de una obstinación, y á la negra insolencia de la citación preparada. Braschon, el rico tapicero del barrio de San Antonio, que no había sido invitado al baile, esgrimía su recibo como un acreedor herido en su amor propio; quería ser pagado en veinticuatro horas; exigía garantías, no de depósito de muebles, sino una segunda hipoteca inscrita sobre los terrenos de las fábricas. A pesar de la violencia de sus recriminaciones, esas gentes dejaron aún algunos intervalos de reposo, durante los cuales Birotteau respiraba. En vez de dominar los primeros síntomas de una situación difícil por una resolución enérgica, César ocupaba toda su inteligencia en evitar que su mujer, la única persona que podía aconsejarle, no lo descubriese. Se ponía de centinela en el umbral de su puerta y alrededor de su tienda. Había enterado á Celestino del secreto de sus apuros transitorios, y Celestino observaba á su principal con una mirada tan curiosa como sorprendida; á sus ojos, César iba empequeñeciéndose como se empequeñecen en los desastres los hombres acostumbrados á las victorias, y cuya gran fuerza consiste en el acierto que la rutina concede á las inteligencias medianas. Sin tener la enérgica capacidad necesaria para defenderse en tantos puntos amenazados á la vez, César tuvo, sin embargo, el valor de observar su situación.



Para fin de diciembre y para el 15 de enero, necesitaba, tanto para su casa como para sus vencimientos, sus alquileres y sus obligaciones al contado, sesenta mil francos; para el 31 de diciembre treinta mil; todos sus recursos apenas alcanzaban á veinte mil francos; le faltaban, por tanto, diez mil. Ya nada le parecía irremediable, limitándose al momento presente, como los aventureros que viven al día. Antes que el rumor de sus dificultades se hiciese público, resolvió intentar lo que le pareció un gran acierto, dirigiéndose al famoso Francisco Keller, banquero, orador y filántropo, célebre por su bondad y por su deseo de ser útil al comercio parisién, con la mira de conservar en la Cámara su puesto, como diputado por París. El banquero era liberal, Birotteau, realista; pero el perfumista le juzgó por su corazón y encontró en la diferencia de opiniones un motivo más para obtener un crédito. En caso de que fuesen necesarias firmas, no dudaba del agradecimiento de Popinot, al cual pensaba pedirle unos treinta mil francos en giros, que ayudarían á esperar el triunfo de su pleito, ofrecido en garantía á los acreedores más exaltados. El expansivo perfumista, que relataba sobre la almoadá á su querida Constanza las más pequeñas emociones de su existencia, que recibía de su mujer energías y buscaba luz en el choque de opiniones contrarias, no podía hablar de su situación ni con su primer dependiente, ni con su tío, ni con su mujer.

Sus pensamientos le pesaban doblemente. Pero

este generoso mártir prefería padecer, que arrojar el fuego que le consumía en el alma de su esposa; quería mostrarle el peligro cuando hubiese pasado. Tal vez hasta cuando no hubiera que temer, retrocedería ante esa horrible confidencia. El temor que le inspiraba su mujer le hacía valeroso. Iba todas las mañanas á San Roque, á oír una misa rezada, y tomaba á Dios por confidente.

— Si al volver de San Roque á mi casa no encuentro ningún soldado, mi demanda prosperará. Esa será la respuesta de Dios, se decía después de haber rogado á Dios que le socorriese.

Y era feliz no encontrando ningún soldado. Sin embargo, tenía el corazón oprimido, le faltaba otro corazón, sobre el cual pudiera gemir. Cesarina, á la que se había confiado ya después de la fatal noticia, fué depositaria de su secreto. Hubo entre ellos miradas lanzadas al descuido, miradas llenas de desesperación y de esperanzas ahogadas, invocaciones lanzadas con mutuo ardor, preguntas y respuestas cariñosas, corrientes de alma á alma. Birotteau se mostraba jovial, alegre con su mujer. ¿Le hacía Constanza una pregunta? Todo iba bien: Popinot, del cual no se ocupaba César, saldría triunfante; ¡el aceite flotaba! Los pagarés entregados á Claparon, recogidos oportunamente: no había que temer nada. Esa fingida satisfacción era espantosa. Cuando su mujer estaba dormida en aquel suntuoso lecho, Birotteau se incorporaba, sumiéndose en la contemplación de su desdicha. Cesarina se aproximaba muchas veces, en tales oca-